

MARIANO FÉLIZ
EMILIANO LÓPEZ

Más allá del desarrollo capitalista en Argentina. Límites, posibilidades y alternativas

INTRODUCCIÓN

En los últimos años la modalidad neoliberal de desarrollo capitalista ha entrado en una fase de profunda crisis en todas las regiones del mundo. El neoliberalismo, entendido como un proceso de reestructuración de las lógicas de la acumulación de capital a escala global iniciado a fines de los años setenta y tendiente a restaurar el poder y los ingresos de la clase dominante (Harvey, 2007), fue un proceso “exitoso” en términos de estos objetivos pero condujo –al mismo tiempo– a profundizar las contradicciones económicas, sociales y políticas preexistentes y a generar nuevas contradicciones, sobre todo ligadas a la mundialización/transnacionalización del capital y la preeminencia del capital ficticio sobre el productivo. La agudización de estas tensiones y contradicciones permiten comprender su crisis y han sido objeto de estudio reciente de una variedad de autores (Chesnais, 2010).

La crisis del neoliberalismo se tornó evidente en los países de América Latina hacia finales de la década de 1990, abriendo una nueva etapa en la modalidad de desarrollo de los países de la región. Más allá de diferencias sustanciales entre países, existe un amplio consenso en cuanto a que el modo de desarrollo ha cambiado significativamente en América

Latina a principio de los 2000 (Sader, 2009; Svampa, 2008). Argentina no fue la excepción. En nuestro país se han producido cambios en la forma concreta de desarrollo capitalista desde 2002, en un proceso que –no sin cierta ambigüedad– se ha dado en llamar una fase posneoliberal en la modalidad de desarrollo (Thwaites Rey y Castillo, 2008). Algunos autores sostienen que la economía argentina habría superado gran parte de los escollos históricos que impedían un sendero de desarrollo capitalista exitoso mientras que otros –entre quienes nos incluimos– señalan sus límites.

En el presente trabajo, intentaremos caracterizar esta nueva modalidad de desarrollo capitalista –y su proyecto político asociado– para lograr detectar los principales límites de un patrón en el cual los bajos salarios, la precarización laboral y el extractivismo liderado por las exportaciones son elementos centrales. El análisis de las limitaciones del *modelo* pretende responder a dos interrogantes centrales, a saber: ¿el nuevo modelo de desarrollo logra los objetivos que sus defensores proponen? Más allá de ello, ¿es posible pensar que mediante la reproducción ampliada de esta modalidad de desarrollo se logre una transición hacia un modo de desarrollo que niegue la condición capitalista periférica de nuestro país?

En definitiva, la posibilidad de situar los límites concretos a la modalidad de desarrollo de la etapa posneoliberal, nos permite incluir “la cuestión del desarrollo” como forma de poner en discusión los proyectos de sociedad (Svampa, 2011) que se encuentran en disputa en la Argentina actual.

El trabajo se estructura como sigue. En el primer apartado se presentará un análisis del proceso histórico que en Argentina condujo al nuevo modelo de desarrollo posneoliberal. Para ello creemos necesario dar cuenta del proceso de consolidación y crisis del neoliberalismo como proyecto de las clases dominantes. En segundo lugar, presentamos algunos elementos conceptuales y metodológicos para analizar los límites del neodesarrollismo como proyecto de sociedad. Con este esquema, en tercera instancia, abordamos los principales límites que el nuevo modo de desarrollo (re)produce a través de sus contradicciones. En el cuarto apartado intentamos proponer ciertas características que debieran estar presentes en un modo de desarrollo que supere dialécticamente al neo-

desarrollismo desde una perspectiva popular. Por último, se presentan algunas reflexiones finales.

DEL NEOLIBERALISMO AL NEODESARROLLISMO: REESTRUCTURACIÓN, CRISIS Y NUEVO MODO DE DESARROLLO

Primero consideramos necesario abordar brevemente el proceso histórico que condujo del neoliberalismo al modo de desarrollo posneoliberal.

1. El neoliberalismo como proceso de reestructuración y de imposición del poder de clase

El neoliberalismo, como proyecto político de las clases dominantes (Harvey, 2007), en los países del sur de Nuestra América hizo su aparición mediante la forma política de dictaduras militares, con total apoyo de los capitales transnacionales que se erigieron en grandes beneficiarios de la reestructuración de la economía global. Sin embargo, como todo proceso histórico de transformación, la consolidación del neoliberalismo en la región requirió de mayor tiempo y, en particular, en Argentina sólo se logró en la década de 1990 de la mano del acceso al poder estatal del partido que –paradójicamente– había representado mayoritariamente los intereses populares, el Partido Justicialista (Bonnet, 2005).

Este proceso de reestructuración se apoyó en los siguientes aspectos. En primer lugar, cabe señalar la reconversión económica que fue el resultado tanto de las transformaciones en la dinámica del capital a escala internacional, como también de la necesidad de superar las contradicciones que el capitalismo argentino venía desarrollando. La internacionalización del capital impuso a los países periféricos la necesidad imperiosa de mejorar su posición competitiva a nivel del conjunto del capital (Ceceña, 1996; Féliz, 2009). Dicha necesidad suponía incluir en la lógica del capital aspectos de la vida social que no se encontraban estrictamente bajo su dominio: la mercantilización de los espacios comunes y la penetración del capital en espacios de producción antes controlados por el Estado (petróleo, agua potable, electricidad, gas, etc.) o enmarcados en relaciones mercantiles no ca-

pitalistas (tierras destinadas a la producción agrícola comunitaria). Esto fue parte del nuevo impulso de la “acumulación originaria” y la nueva “política de cercamientos” de espacios comunales (Galafassi, 2009; De Angelis, 2007).

En segunda instancia, se tornaba clave para las exigencias competitivas del capital en la periferia la rearticulación de las relaciones laborales a los fines de conformar una nueva fuerza de trabajo adaptada –objetiva y subjetivamente– a esas nuevas formas de las relaciones de producción y al cambio cualitativo en la modalidad de acumulación periférica. La implementación de nuevas leyes laborales permitió la adaptación de la fuerza de trabajo a las necesidades del capital y, a su vez, terminó de desarticular las formas de lucha históricas del movimiento obrero argentino, asociadas principalmente a la acción sindical (Svampa, 2005). Esto condujo a establecer un patrón de precarización persistente y extendida de la fuerza de trabajo con fuertes rasgos de superexplotación laboral¹.

En tercer lugar, la nueva división internacional del trabajo y la mayor velocidad de rotación del capital, condujo a consolidar en Argentina un patrón productivo transnacionalizado, concentrado y orientado crecientemente hacia la exportación de *commodities* y manufacturas de origen agropecuario (MOA). En relación a la transnacionalización de la economía argentina, el stock de inversión extranjera directa (IED) pasó –según el Centro de Economía Internacional– de un nivel de 1,836 millones de dólares en 1990 a cerca de 23,800 millones de dólares en el año 1999. El masivo ingreso de capital extranjero trajo aparejadas una serie de modificaciones concretas en los procesos de trabajo (por ejemplo, turnos rotativos y generalización de horas extras de trabajo en la mayoría de las grandes empresas de cada rama, entre otros cambios). Más aún, y en relación al proceso de concentración del capital transnacional, el 32% de las 500 empresas no financieras de mayores ventas en 1993 eran controladas por capital extranjero, según surge de la Encuesta Nacional a Grandes Empresas (ENGE) del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). Este porcentaje se incrementó hasta fines de la década-

¹ Nos referimos con trabajo precario tanto al empleo no registrados como a diversas formas de contratación temporaria, con jornadas laborales más extensas de lo normal, con pago a destajo, entre otras prácticas que forman parte de la flexibilización laboral desde la etapa neoliberal (Antunes, 2001).

da. En pocos años, más de la mitad de los capitales más concentrados se encontraron en manos extranjeras, lo que provocó la pérdida de control nacional de la producción social². Como plantean Barrera y López (2010), este hecho tuvo como consecuencia saliente una intensificación del carácter periférico y dependiente de la economía argentina respecto de la dinámica del capital global.

Por su parte, las principales ramas en las cuales estos grandes capitales se instalaron fueron el complejo extractivo-minero, la comercialización de granos y la producción de biotecnología agropecuaria, sectores competitivos de la industria manufacturera, y servicios esenciales que se encontraban previamente en control estatal. La inserción del capital extranjero en la economía nacional tuvo su correlato en al menos dos elementos relevantes a nivel de la estructura del capital. Por un lado, implicó un significativo proceso de desmantelamiento industrial o desindustrialización del aparato productivo (Azpiazu y Schorr, 2010). Por otro lado, representó un incremento significativo de la productividad laboral en las grandes empresas, una creciente disparidad en los niveles de productividad de los grandes capitales y de aquellas empresas de menor tamaño y un incremento sostenido en la competitividad de los capitales más concentrados en la minería, el agronegocio y la producción de alimentos (Féliz, 2009).

Por último, esta nueva estructura de los sectores dominantes y la desarticulación de la fuerza de trabajo y su capacidad de resistencia, tuvo como resultado un patrón de distribución de los ingresos entre clases, crecientemente a favor del capital. En la década de 1990 los ingresos del conjunto de la clase dominante en relación a los ingresos del conjunto de la clase-que-vive-del-trabajo se incrementaron un 23%³. En las 500 empresas no financieras de mayores ventas, el *ratio* de plusvalor a masa salarial se incrementó un 44% entre 1993 y 2000 (Féliz, López, Álvarez Hayes, 2009). La gran brecha en la distribución del valor producido implicó, a su vez, la exclusión del consumo popular como elemento di-

² Esos grandes capitales conducen –en buena medida– la acumulación de capital en el espacio de valor de Argentina por su significativa participación en la producción de valor (VA).

³ Utilizamos la idea de “clase-que-vive-del-trabajo” en el sentido propuesto por Antunes (2001). También usaremos como sinónimo el concepto de pueblo trabajador (Cieza, 2006) o clase trabajadora.

namizador de la valorización que –en los años del modelo de industrialización por sustitución de importaciones– había tenido un cierto peso (Basualdo, 2006). La contrapartida fue la exacerbación del consumo suntuario y las exportaciones.

En síntesis, en Argentina el neoliberalismo –como proyecto de las clases dominantes y a través de la construcción de una nueva hegemonía– logró reestructurar la sociedad argentina para adaptarla a las nuevas condiciones del capitalismo global. Sin embargo, la reestructuración exitosa debió enfrentar una profunda crisis a fines del siglo XX.

2. De la reestructuración a la crisis orgánica

Desde 1998, el modo de desarrollo neoliberal entró en una profunda crisis que tuvo por fundamento la propia dinámica del capital periférico como relación social. Desde el punto de vista de las relaciones de clase, la crisis fue una consecuencia del éxito del neoliberalismo y no resultado de su fracaso (Féiz, 2011). Desde esta perspectiva, el ciclo de crecimiento 1991-1998 tuvo su contracara en una crisis típica de caída de la tasa de ganancia por un incremento tendencial de la composición orgánica del capital producto del proceso exitoso de reestructuración neoliberal⁴. Esta tendencia se vio magnificada por el carácter dependiente de la inserción del capital local. A su vez, la rigidez que implicaba la política monetaria y cambiaria dificultó acomodar las relaciones de valor a la mejora en la posición competitiva alcanzada por el gran capital a través de la reestructuración productiva y el disciplinamiento de la-clase-que-vive-del-trabajo desde principios de la década. Ambos elementos evitaron que la mayor competitividad se plasme efectiva –e inmediatamente– en una rentabilidad más elevada para el conjunto del capital local a través de su realización en el mercado mundial⁵.

⁴ Las denominadas tendencias contrarrestantes operaron pero progresivamente perdieron eficacia para desplazar la crisis (Féiz, 2011).

⁵ Mientras en los noventa se acentuó la caída en los costos laborales unitarios reales relativos (el fundamento estructural de la competitividad internacional) las relaciones de valor y las instituciones de la convertibilidad monetaria dificultaban que esas ganancias competitivas se tradujeran inmediatamente en menores precios (en moneda internacional) y mayor rentabilidad. Por eso, en los noventa mientras mejoraba estructuralmente la competitividad (el tipo de cambio real estructural se depreciaba), el tipo de cambio real efectivo se mantenía apreciado (Féiz, 2009/2011).

Este proceso estructural tuvo su contraparte política en la pérdida de hegemonía del proyecto neoliberal en tanto proyecto de las clases dominantes. Desde mediados de la década se hicieron cada vez más visibles las incapacidades de este proyecto político para contener las demandas crecientes del pueblo trabajador. Los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD), los sindicatos de docentes y de trabajadores del Estado, las asambleas barriales de las ciudades, los movimientos estudiantiles contra la privatización de la educación superior, fueron algunas de las experiencias organizativas que generaron visiones contra-hegemónicas al neoliberalismo y lo enfrentaron en la práctica (Svampa, 2008).

El deterioro económico y político del proyecto neoliberal permite dar cuenta de su crisis como una crisis orgánica en el sentido de Gramsci (2004), o sea como ruptura del bloque histórico neoliberal. Por tal motivo, entendemos que el “restablecimiento del orden” luego de esta crisis requería, por un lado, una modificación de las políticas macroeconómicas que diera lugar a reencauzar un proceso de valorización exitoso y, por otra parte, una recomposición político-institucional que permitiera la conformación de un nuevo bloque histórico que garantizara la continuidad en el tiempo de la valorización y las relaciones sociales que la fundamentan.

Mientras que la reconducción de la política macroeconómica se logró a partir de la devaluación del peso en enero de 2002, la pesificación asimétrica de deudas privadas que se encontraban en dólares y el reconocimiento de planes de ingresos más universales para los sectores más postergados de la clase trabajadora, la recomposición política fue el resultado de la conformación de una fuerza política que a comienzos de 2003 supo comprender la coyuntura, fortaleciendo los lazos con distintas fracciones de las clases dominantes y ciertas fracciones de la clase obrera históricamente enmarcadas en la tradición nacional-popular. El mismo partido político que se constituyó en paladín del neoliberalismo en los noventa –el partido Justicialista–, lograba acceder ahora al poder estatal con una impronta diferente, el kirchnerismo. En ambos aspectos –económico y político– la salida debía tener una perspectiva anti-neoliberal, aunque debía también montarse en las bases establecidas previamente por el neoliberalismo. El modo de desarrollo posneoliberal que comenzaba a emerger a partir de la crisis orgánica del neoliberalismo

se asentó en: a) el carácter dominante del gran capital transnacional, b) la consolidación de la posición periférica del capital local a través de la preeminencia de la estrategia del saqueo de las riquezas naturales y la producción de manufacturas agropecuarias y, c) la generalización de la precarización y la superexplotación estructural de la fuerza de trabajo (Félic y López, 2010).

3. Salida de crisis y nuevo modo de desarrollo: aspectos estructurales y políticos

Estos elementos se presentan como fuertes continuidades estructurales y ciertas rupturas entre la etapa neoliberal y la etapa iniciada en 2002. En primer lugar, el nuevo proyecto de los sectores dominantes involucró la rearticulación de las relaciones de producción, apropiación y utilización de la riqueza creada por el conjunto de la-clase-que-vive-del-trabajo. Se va configurando –materialmente– una nueva modalidad de desarrollo capitalista en Argentina: neodesarrollismo (Félic y López, 2010). Este cambio en la forma de valorización se expresó en una elevación significativa de la tasa de ganancia del capital en su conjunto. Las 500 empresas no financieras de mayores ventas de la ENGE ven crecer sus ganancias sobre el capital constante circulante –compra de bienes intermedios más salarios– un 261% entre 2001 y 2003 para luego incrementarse a un ritmo del 25% anual⁶. Fue la elevada rentabilidad del conjunto del capital –conducido por el capital más concentrado– lo que dio lugar a partir de 2002 a elevadas tasas de crecimiento.

Los fundamentos de esta mayor rentabilidad deben buscarse en los cambios del ciclo del capital reproductivo. En la esfera de la producción podemos ver que el nuevo modo de desarrollo se caracteriza por una producción de bienes primarios, agroalimentos y riquezas naturales orientados a la exportación. Esto se da en el marco de una reprimarización de la economía y una concentración y centralización elevada, proceso que continuó profundizándose. El capital que se circunscribe a las actividades agro-mineras aumentó su peso en la estructura de produc-

⁶ Barrera y López (2010) muestran un salto similar en la tasa de ganancia comparando 1997 con 2004 tomando como fuente de información la matriz de insumo-producto.

ción de valor. Según datos del INDEC, mientras en 1997 esos capitales representaban el 7.1% del valor agregado en 2010 alcanzaron el 12.5%. En gran parte, el crecimiento de la participación de estos sectores se encuentra ligado al incremento en los precios internacionales de estas mercancías y a la creciente demanda de productos de estas características desde los centros capitalistas y de aquellas regiones que hoy dinamizan la economía mundial, en particular China.

Como contrapartida a este incremento del peso de las actividades extractivo-rentistas, el INDEC da cuenta de que en 2010 la participación del sector industrial se mantiene en torno al 18% del valor agregado sin grandes cambios en comparación con 1997. Esta cuestión no niega que desde 2002 se haya producido un aumento de la producción industrial sino que lo relativiza. En efecto, entre 1997 y 2010 el crecimiento en el valor agregado en la producción de mercancías del complejo agro-minero fue similar al aumento en la producción de valor de la industria manufacturera: 37.7% versus 38.9%, respectivamente. Además, las exportaciones de manufacturas industriales (MOI) aumentaron sólo marginalmente en relación al resto de las ventas externas. Las mismas pasaron de 28.9% entre 1992 y 1997 –en promedio– a 35.2% en 2010, mientras el resto de las exportaciones pasaron de 71,1% a 64,8% del total: todavía dos tercios de la producción exportada está conformada por mercancías no industriales.

Esta dinámica de la producción se vincula profundamente con las otras fases del ciclo del capital: la circulación inicial y final. La dinámica descrita limita la capacidad redistributiva del modo de desarrollo neodesarrollista. Si bien en los primeros años de la etapa la tasa de empleo creció sostenidamente, a partir de 2006 la misma se estancó. A su vez, los salarios tendieron a crecer en todo momento por debajo de la productividad laboral, lo que provocó que amplios sectores de la-clase-que-vive-del-trabajo se mantuvieran aun en 2010 con niveles de ingresos 20% menores a los que poseían en 2001⁷. Esta dinámica distributiva impactó en la circulación final de mercancías: la realización del valor producido

⁷ Esta tendencia es más manifiesta para aquellos trabajadores con condiciones precarias de empleo, que representan cerca del 45% de los asalariados del sector privado –si tomamos exclusivamente como precario al trabajo sin descuento jubilatorio, según publica el Ministerio de Economía y Finanzas.

se concentró sobre todo en el consumo suntuario, las exportaciones y la inversión en capital fijo. Estas formas de realización del valor representaron cerca de un 71% de la circulación final de mercancías en promedio entre 2002 y 2010 mientras que el consumo popular se mantuvo alrededor del 27% del PBI en el mismo periodo. Es así que el patrón de producción, distribución y circulación final en el nuevo modo de desarrollo se caracteriza por un ciclo del capital local subordinado a la dinámica del capital global –es decir, continúa siendo un ciclo dependiente– bajo nuevas formas concretas asociadas a la reprimarización, el extractivismo y la precarización laboral (Félic y López, 2010).

Si bien las continuidades estructurales permitieron impulsar un proceso exitoso de valorización en la etapa posneoliberal no debe desconocerse que las políticas macroeconómicas, se articularon dialécticamente con las condiciones estructurales de manera exitosa.

El nuevo modo de desarrollo se monta así sobre una retórica anti-neoliberal y tiene, al mismo tiempo, su base teórica en la nueva economía estructuralista, que representa una reconfiguración del viejo estructuralismo latinoamericano en base a la afirmación de que la globalización comercial y financiera representa una oportunidad para la economía de América Latina (Bresser-Pereira, 2010).

La política macroeconómica argentina se ha sostenido en tres pilares. En primer lugar, una política de tipo de cambio elevado y estable respecto al dólar estadounidense que permite que se manifieste la mayor competitividad del capital inserto en las actividades primarias, extractivas y productoras de alimentos. En segundo lugar, una política de intervención del poder estatal en la negociación salarial para garantizar la extracción de plusvalía relativa. Esto es, lograr que los incrementos salariales no superen a los incrementos de la productividad laboral. Por último, la búsqueda de un permanente superávit de las cuentas públicas a fin de garantizar la mediación entre fracciones competitivas del capital y aquellas no competitivas, a través de subsidios e inversión en infraestructura. La obtención de superávit requiere de una política impositiva que grave parcialmente la renta agropecuaria (principal sector productor de divisas en la economía).

La articulación de estas políticas macroeconómicas con el marco estructural de reconfiguración productiva que implicó el neoliberalismo

y su crisis, configura este nuevo modo de desarrollo. Este proyecto de sociedad –adecuado a la recomposición de un nuevo bloque histórico– logró consolidar un elevado grado de hegemonía en base a una serie de elementos que incluyen: a) la importancia del crecimiento económico –aun en actividades primarias que permiten ingreso de divisas– para favorecer un proceso de re-industrialización, b) una valoración positiva del cambio tecnológico, c) el rol de la burguesía nacional para impulsar el progreso social, y d) las posibilidad de movilidad social ascendente. Éstas y otras cuestiones ligadas al ideario nacional-popular clásico de las décadas previas a 1970, se encuentran en íntima relación con la visión histórica del desarrollismo argentino (Svampa, 2011). De tal forma, la cuestión del desarrollo se encuentra asociado a un proyecto de sociedad que remite a periodos históricos previos pero que pretende ahora construirse en el marco de un capitalismo mundializado (Chesnais, 2010) donde los márgenes de la autonomía nacional capitalista son más reducidos y los capitales trasnacionales conducen el proceso.

Este modelo de desarrollo posee, sin embargo, una serie de contradicciones que llevan a límites en su reproducción y que son producto del carácter capitalista y dependiente de Argentina en el marco del capitalismo mundializado. Para abordar estas limitaciones debemos, primero, presentar brevemente el esquema analítico que utilizaremos.

ELEMENTOS CONCEPTUALES PARA EL ESTUDIO DE LOS LÍMITES DEL NEODESARROLLISMO: CONTRADICCIONES, BARRERAS Y LÍMITES

El capital es una relación social contradictoria (Marx, 2007), pues enfrenta a actores sociales que son –simultáneamente– condición necesaria para la reproducción del otro. A su vez, la reproducción de cada actor tiende a negar las posibilidades de satisfacción de las demandas del otro (Cleaver, 1985). Para su reproducción, a través de la ampliación permanente del plusvalor, la clase capitalista requiere de la negación sistemática de las posibilidades de los/as trabajadores/as de acceder a una vida digna.

Esta perspectiva plantea dos interrogantes centrales. En primer lugar, a qué tipo de contradicciones puede estar sujeto el neodesarrollismo

argentino como proyecto de sociedad y cómo se manifiestan estas tensiones o contradicciones en la etapa actual. En segundo lugar, de qué manera estas contradicciones pueden emerger como límites a la valorización y al crecimiento y, por tanto, cómo pueden poner en duda su propia capacidad de reproducción en tanto proyecto de sociedad.

Como dijimos entendemos que el capital tiende a la expansión permanente, motivado por la dinámica de valorización (Dussel, 1985). Sin embargo, dado que el crecimiento del capital no resuelve las contradicciones que le son inherentes –entre clases y al interior de la clase dominante– siempre se encuentran latentes los *límites* de ese crecimiento (Lebowitz, 2005). En las economías capitalistas las contradicciones propias de la reproducción social tienden a profundizarse hasta bloquear la valorización y, por ello, frenar el crecimiento. Esa tendencia a la crisis puede ser superada sin alterar radicalmente la forma concreta de desarrollo que se constituye estructural y políticamente en un momento histórico. Sin embargo, en algunas ocasiones la salida de una crisis sólo puede lograrse alterando de manera radical el modelo de desarrollo vigente. En el primer caso el límite es superado y por ello transformado en una mera *barrera* por el capital, es decir un límite parcial a la acumulación que no anula el modelo de desarrollo. En el caso de que las contradicciones que conducen a la crisis no puedan resolverse en el marco del modelo de reproducción social vigente, el límite opera como tal y anula la posibilidad continuar con él. De esta manera, las contradicciones se traducen en límites que pueden ser parciales –barreras– o tornarse infranqueables. La contingencia –la indeterminación– en cuanto al establecimiento de un nuevo modo de desarrollo o la continuidad de uno vigente es resultado tanto de la lucha de clases –material– como a la capacidad de las distintas clases y fracciones de impulsar idearios políticos y simbólicos que puedan convertirse en hegemónicos, consolidando un nuevo bloque histórico (Portelli, 2000).

LÍMITES DEL PROYECTO NEODESARROLLISTA ARGENTINO

¿Qué barreras pueden ser superadas precariamente y de manera conflictiva en el neodesarrollismo? ¿Es posible identificar cuáles son los límites

tendenciales que reproducen los tradicionales rasgos del capitalismo periférico, con las particularidades del entorno mundial y regional del siglo XXI? A continuación avanzamos algunos elementos para esa discusión.

1. De las contradicciones de clase a las barreras

Las relaciones de clase más relevantes e inherentes al modelo neodesarrollista argentino son –al menos– tres. En primer lugar, encontramos la relación entre el conjunto de la clase capitalista y la clase-que-vive-del-trabajo. En segunda instancia, se encuentra la relación entre las distintas formas del capital –en particular, la relación entre el capital productivo y el capital ficticio, la relación entre el capital industrial y el rentista-extractivista, y la relación entre el capital nacional y el capital transnacional. Por último, debemos tener presentes las relaciones al interior de la clase trabajadora, en particular entre los sectores más formalizados y sindicalizados y el resto de los sectores asalariados, y la relación entre los distintos actores y las clases medias. La acción de estos actores sociales enfrentados –en esa relación– crea tendencias, movimientos y cambios permanentes en la sociedad.

Las contradicciones sociales del neodesarrollismo han ido moldeando al menos cuatro barreras estructurales principales. Veamos las características y los mecanismos a través de los cuales las contradicciones de clase conducen dialécticamente a que estas barreras se postulen y puedan erigirse en límites del modo de desarrollo en cuestión.

2. Dialéctica de la política fiscal: la creciente presión hacia el déficit público

Luego de años de retórica contraria al déficit fiscal, los sectores dominantes impusieron a través del Estado una política de superávit que lograron sostener, no sin dificultades, hasta la actualidad⁸. El “saneamiento” fiscal se produjo de la mano de la cesación de pagos sobre parte de la deuda pública y la creación de un impuesto sobre una porción de las exportaciones agropecuarias a comienzos de 2002.

⁸ El nivel promedio del superávit primario fue en esta etapa cercano al 3% del PBI.

Esta política fiscal ha estado orientada a equilibrar los intereses del capital financiero con los del gran capital productivo transnacionalizado que había logrado consolidar una sólida hegemonía socio-productiva en las décadas previas de reestructuración (Féiz, 2011). La renegociación de la deuda en 2005 dio cuenta de una nueva mediación del Estado para lograr equilibrar las disputas entre las fracciones de los sectores dominantes respecto a la apropiación del plusvalor. En el caso de las grandes empresas no financieras el proceso de reestructuración de su endeudamiento permitió reducir el peso de los intereses (Duménil y Lévy, 2006)⁹. En paralelo, se consolidó una política de subsidios directos al gran capital no financiero. Según la misma fuente, la masa de subsidios al gran capital se incrementó un 650% entre 2002 y 2009, llegando a representar el 20.6% de la masa de utilidades netas de las 500 empresas con más ventas.

Por su parte, la financiación de la renegociación de la deuda y los subsidios al gran capital se logró a través de la creación de las retenciones a las exportaciones y de los impuestos a las transacciones bancarias. Sin embargo, parte importante del incremento en el superávit fiscal provino de la contención de los salarios de los empleados estatales. En efecto, los salarios de los trabajadores del Estado aumentaron a una tasa menor a la de los salarios de los asalariados del sector privado formal. Esto implicó que aun en 2010 los niveles de salario real de los trabajadores estatales se ubicaban por debajo de los valores de 2001¹⁰. Es así que la contradicción entre la clase trabajadora –al menos la fracción de la misma que se desempeña en el sector estatal– y el capital productivo también perfila una tendencia contradictoria que puede provocar barreras al desarrollo de la política de superávit fiscal sostenible en el tiempo.

Es esta contradicción la que produce la principal barrera al superávit fiscal. Esto se evidencia en el hecho que a pesar del ahorro de recursos que implican las políticas mencionadas para el Sector Público Nacional,

⁹ La deuda pasó desde 101% de las ganancias netas en 2001 a sólo 17.3% en 2009, según datos de la ENGE-INDEC.

¹⁰ Según nuestra estimación a partir de datos del INDEC, si la remuneración de los trabajadores del Sector Público Nacional hubieran seguido la evolución de los salarios de los trabajadores privados en blanco, en 2010 el superávit fiscal primario de 25,115 millones de peso se hubiera convertido en un superávit de sólo 9,818 millones, con un déficit financiero de más de 12,128 millones de pesos.

la demanda de transferencias crecientes de subsidios por parte del gran capital productivo y el persistente aumento en los pagos por la deuda pública condujeron al Estado neodesarrollista a avanzar con una política de financiamiento del sector público que suponía la apropiación de recursos de las fuentes más próximas, sin alterar la base de la estructura tributaria¹¹.

En síntesis, la necesidad de mantener un equilibrio entre las fracciones financieras y productivas del gran capital llevó a una serie de políticas que permitieran resolver parcialmente las barreras al superávit fiscal. En este frente, el principal límite que enfrenta la política fiscal del Estado es la incapacidad de abordar una reforma en la estructura tributaria y en la orientación general del gasto público que resuelva la necesidad de imponer techos salariales bajos a los trabajadores del Estado. Frente a las demandas de los trabajadores estatales que les han permitido recuperar –al menos desde 2007– parte del terreno perdido, el déficit y su financiamiento se convierten en una barrera crecientemente difícil de superar.

3. Dialéctica de la competitividad: la recurrencia del déficit comercial manufacturero

Como mencionamos, existen una serie de contradicciones, en particular entre el sector manufacturero del capital y los sectores del agronegocio y el complejo extractivo, que conducen a la segunda gran barrera que enfrenta el proyecto neodesarrollista en marcha: la tendencia sistemática a la pérdida de competitividad del sector manufacturero. Si bien el salto al posneoliberalismo pareció dar cuenta de la superación de este límite histórico de la economía argentina (Curia, 2007/2011), el tiempo ha permitido corroborar la persistencia de los factores que recrean esta limitante una y otra vez.

La resolución de la crisis orgánica de 1998-2001 completó el salto significativo en la competitividad internacional de la economía argen-

¹¹ Dos de las formas más evidentes de este incremento en la apropiación de recursos por parte del Estado –a los fines de cubrir las necesidades de financiamiento de los programas de subsidios y créditos al capital productivo– son la estatización de los fondos de jubilaciones y pensiones acumulados en el sistema privado de previsión social –las llamadas AFJP– y, por otra parte, el financiamiento a través del Banco Central de La República Argentina (BCRA). La acumulación de reservas internacionales creó la posibilidad de que el BCRA pudiera “prestar” al Estado Nacional fondos equivalentes a 3.5% del PBI en los últimos 3 años.

tina en su conjunto. El superávit del balance comercial se incrementó rápidamente entre 2001 y 2003: de un superávit de 7,300 millones de dólares y con una década entera de déficits se pasó a un superávit de 17,000 millones, según datos del INDEC. Esta tendencia de las exportaciones a superar a las importaciones se sostuvo a lo largo de la primera década del siglo XXI.

La mayor competitividad se expresó en la caída en los costos unitarios laborales reales relativos que para la industria manufacturera se ubicaron entre 1993 y 2001 cerca de un 30% por debajo de los niveles de la década de 1980 (Féiz, 2009). Es decir, la producción local de los grandes capitales manufactureros abarató sustancialmente sus costos de producción en comparación con el resto del mundo en la etapa neoliberal. La reducción generalizada de costos unitarios permitió que en la cúpula empresarial, según el INDEC, las exportaciones pasaran de 232 millones de pesos en 1993 a en 47,300 millones en 2001, mientras la economía mantuvo un déficit global en toda la década de 1990. Es decir, que fueron las fracciones más concentradas del capital las que ganaron en competitividad durante la etapa neoliberal (Féiz, 2011).

Sin embargo, la ganancia de competitividad de la etapa neoliberal, no ha resuelto algunas de las contradicciones históricas de los procesos de acumulación de capital en nuestro país que han comenzado a conspirar contra la posibilidad de mantener la situación competitiva.

Esto se evidencia, en primer lugar, en las ramas productoras de mercancías exportables y de mercancías que sustituyen importaciones, donde la disputa distributiva entre el capital y la clase-que-vive-del-trabajo comenzaron a hacer mella en la competitividad ganada a través de la devaluación (Pérez, Chena y López, 2010). Frente a la presión de los trabajadores, el capital apela a la inversión en maquinaria y equipo para aumentar la productividad y mejorar su competitividad o bien echar mano a su poder de mercado para desvalorizar a la fuerza de trabajo a través de la inflación. La primera opción supone hacer un uso intensivo del plusvalor con destino a la competencia capitalista y es el camino más complejo como estrategia para el capital en su conjunto porque presupone la redistribución de una parte importante del consumo suntuario. La alternativa –el uso de la inflación como instrumento de la estrategia capitalista en la lucha de clases– ofrece menores resistencias estructu-

rales puesto que no requiere poner en cuestión el patrón dependiente del consumo de las clases dominantes. Sin embargo, si bien la inflación permite “mantener a raya” el costo laboral con un bajo esfuerzo inversor, implica a su vez encarecer la producción local frente a la producción importada. Es decir, en tanto el dólar se mantenga elevado pero estable, la subida de precios encarece la producción local en dólares, aun cuando permita mantener a corto plazo la relación entre salarios y ganancias. Dicha contradicción se manifiesta como barrera desde mediados de esta década. Si bien la tasa de ganancia entre las grandes empresas en su conjunto se mantuvo relativamente estable y los costos laborales dejaron de aumentar en relación al costo de producción, las distintas ramas de la industria manufacturera perdieron sistemáticamente competitividad y vieron incrementado su déficit comercial (Arceo y otros, 2009). Esto ocurría, por un lado, debido a que la productividad de la industria local aumentaba relativamente poco en comparación con los capitales industriales de otros espacios geográficos, en especial en relación a los grandes productores manufactureros de esta década: Brasil, China, India y Alemania. En paralelo, se ha producido una tendencia al aumento sostenido en el precio de los insumos industriales.

Es así que la tendencia a la caída en la competitividad expresa una limitante estructural de la industria manufacturera en Argentina. Esa limitante se manifiesta primero como barrera, superable por la vía de la devaluación monetaria y la desvalorización salarial. Sin embargo, en tanto los trabajadores consiguen al menos resistir el impacto de esas estrategias empresariales, la barrera de la baja competitividad se transforma en un límite infranqueable.

Ese límite remite a la imposibilidad de generar condiciones de mayor explotación laboral para enfrentar con éxito la competencia directa de los países centrales y de los países periféricos¹². El capitalismo argentino se ubica en una incómoda posición intermedia. Para que la estrategia neodesarrollista sea exitosa se hace necesario incrementar la inversión con una orientación hacia el desarrollo de un entramado industrial por

¹² Mientras los primeros tienen la ventaja de su capacidad tecnológica e innovadora, los últimos han podido aprovechar una abundante fuerza de trabajo disponible con magras condiciones laborales para colocarse como espacios de valorización del capital manufacturero global.

fuera de las cadenas globales de valor. Esa estrategia enfrenta primero el límite de la incapacidad de reorientar el consumo de las clases dominantes hacia la inversión. Por otro lado, enfrenta el límite impuesto por la transnacionalización del capital local que (dentro de las cadenas globales de valor) ubica a la Argentina como fuente de materias primas o insumos básicos. Incapaz de atacar estos límites, el neodesarrollismo apuesta a una estrategia que sostenga la competitividad por medio de una forma de industrialización periférica orientada a las manufacturas de materias primas sobre la base de la superexplotación de la fuerza de trabajo.

4. Dialéctica de la industrialización: reprimarización transnacional como tendencia

En el ideario del desarrollismo clásico de América Latina se encuentra la noción de industrialización como un elemento central (Preston, 1999). El proyecto neodesarrollista pretende reimpulsar la reindustrialización que, según el argumento oficial, sería la base del desarrollo con inclusión social. Sin embargo, las condiciones materiales y políticas para pensar en un proceso, en el cual la industrialización vuelva a encontrarse en el centro de la valorización presentan barreras evidentes. Primero, en relación al valor agregado total, en 2010 la industria manufacturera tenía el mismo en la estructura productiva que en 1994 –cerca del 21% del valor agregado– (Azpiazu y Schorr, 2010). En segundo lugar, los costos unitarios de producción se han incrementado, lo cual demuestra que ante la mejora relativa de los ingresos del pueblo trabajador, el capital no ha logrado una incorporación de tecnología que dé cuenta de un proceso de reindustrialización de importancia (Gigliani y Michelena, 2011).

El capital manufacturero en Argentina ha demostrado ser incapaz de convertirse en competitivo a escala internacional, y por lo tanto, carece de la potencialidad para transformarse en el eje articulador de un proyecto de desarrollo. El limitado proceso de reindustrialización en la última década se ordenó en torno a tres elementos que conforman serias barreras al mismo. En primer lugar, la transnacionalización de la industria la ubica como parte de las cadenas de producción de mercancías a escala internacional. Esto supone que el tipo, volumen y forma de producción manufacturera se encuentra definida por las necesidades de las grandes

corporaciones globales. La producción manufacturera se orienta así a satisfacer las demandas de dichas empresas, conformándose en procesadoras de materias primas o insumos para ser exportados –como las aceiteras o petroquímicas, respectivamente–, o en plantas de ensamblado de manufacturas –como las automotrices. En el mejor de los casos, las empresas apuntan a satisfacer la demanda local en el marco de una estrategia regional que involucra la producción doméstica de una porción menor de sus ventas totales, como es la situación de muchas alimenticias.

La “ventaja competitiva” de la industria local se relaciona –en segundo lugar– a la capacidad de apropiar renta extraordinaria de las riquezas del subsuelo y la posibilidad de sobre-explotar a la fuerza de trabajo (Félix, López y Álvarez Hayes, 2009). Son las manufacturas alimenticias y, por otra parte, las empresas petroquímicas las que apropian la mayor parte de la renta de la tierra a través del procesamiento de la soja, el maíz, y los minerales o el combustible fósil, respectivamente. El resto de las industrias manufactureras logran competir aprovechando la posibilidad de pagar bajos salarios y de aprovechar subsidios estatales. Sobre la base de esta suerte de doble explotación (de la naturaleza y del trabajo) la industria manufacturera en Argentina mantiene limitados niveles de competitividad. En los hechos, las luchas sociales por mejores condiciones de trabajo, por la reorientación de los recursos públicos y las exigencias de control sobre el uso y abuso de la naturaleza son los elementos de contradicción básicos que pone en jaque la estrategia neodesarrollista en este punto (Svampa, 2011).

Por último, aun en condiciones de superexplotación del trabajo y la naturaleza la competitividad industrial en territorio argentino encuentra una tercera barrera: la competencia del capital de los países de la periferia semi-industrializada, en particular China y Brasil (dos de los más importantes socios comerciales de Argentina en esta década). Los capitales locales deben enfrentar la competencia de los capitales transnacionales con origen en estas semi-periferias que basan sus estrategias empresariales y comerciales en niveles salariales muy reducidos, condiciones laborales hiperflexibles y una enorme escala de producción con tecnología de punta. Esta situación invalida, para un país periférico como Argentina, cualquier estrategia de desarrollo industrial exitosa con orientación exportadora que permita conjugar la inclusión productiva de los trabajadores y la mejora en las condiciones de trabajo.

5. Dialéctica de la inflación: el carácter clasista de la inflación y las consecuencias

La alta inflación se ha convertido en un rasgo característico del proyecto neodesarrollista. La devaluación en 2002 supuso un incremento significativo en el nivel de precios que permitió garantizar un salto en la tasa de rentabilidad del capital y desviar una parte de la producción doméstica al mercado mundial, mediante la reducción del consumo popular (Barrera y López, 2010). La reproducción en el tiempo de esas condiciones requería mantener a los salarios dentro de los límites de la productividad laboral.

Fue precisamente a partir de 2005 cuando el conflicto de clase bajo la forma de conflicto distributivo comenzó a ser señalado por el capital como una fuente de los problemas sobre la rentabilidad, pues los aumentos salariales comenzaban a superar la evolución de la productividad laboral. El desplazamiento en el plano temporal de esta contradicción de clase se logró mediante una política estatal de “techos salariales” que buscaba contener institucionalmente o limitar políticamente la evolución de los salarios dentro de los cambios en la productividad. Por su parte, los sectores empresariales más concentrados comenzaron a hacer uso indiscriminado de su capacidad de fijación de precios. La estrategia inflacionaria se convirtió en una política eficaz que frenó las mejoras en los ingresos de los trabajadores a partir de 2008. Las demandas de la clase-que-vive-del-trabajo enfrentan una barrera clara, que se torna crecientemente en límite. En el marco de la estrategia orientada a la exportación, la falta de inversión —a pesar de la alta rentabilidad del capital— lleva rápidamente a que las necesidades populares choquen con la restricción de la competitividad del capital. Frente a estos límites que los sectores dominantes no aceptan desplazar, el capital opta por utilizar la inflación como mecanismo para conseguir y mantener una tasa de rentabilidad elevada.

6. De las barreras a los límites

En Argentina el neodesarrollismo no es un modelo acabado o consolidado. Es más bien un proyecto que surge de la iniciativa de las clases dominantes pero que enfrenta permanentes contradicciones que tienden a

provocar bloqueos a la posibilidad de su continuidad. Los enfrentamientos al interior de la clase y el bloque dominante, y aquellos que las enfrentan con el conjunto de la clase-que-vive-del-trabajo, tienden a conformar barreras que encienden luces de alerta al proyecto hegemónico.

Como señala Gramsci (2011), la hegemonía de un proyecto político se consolida a través de elementos materiales y simbólicos. En este trabajo destacamos los primeros en un recorte que –si bien es analítico y no real– permite abordar algunos de los problemas de este nuevo modo de desarrollo. Si bien lo político y lo material no se encuentran escindidos –siendo parte de una unidad dialéctica– remarcamos la importancia de la superación de las barreras materiales como necesidad del neodesarrollismo. Muchas de esas barreras se traducen en límites insalvables dentro de ese patrón de acumulación y reproducción social. Dichos límites involucran la imposibilidad de continuar con un proceso de reproducción ampliada del capital y remiten a la negación de reproducir la estructura de relaciones sociales bajo las formas políticas, sociales y económicas del presente.

El neoliberalismo encontró sus límites hacia fines de los años noventa. El neodesarrollismo, por ahora, no ha encontrado aún barreras que no haya podido superar pero enfrenta algunas que se van convirtiendo en obstáculos de peso. Esas tendencias pueden bloquear la actual modalidad de reproducción social si los actores en disputa –siempre presentes detrás del desarrollo de esas barreras– consiguen articular una capacidad política de rechazar radicalmente sus presupuestos y proponerse una modalidad diferente de reproducción social. En lo que respecta al pueblo trabajador esta capacidad involucra la articulación de una alternativa a la economía política del capital. Es decir, una economía política del pueblo trabajador que priorice la reproducción de las condiciones materiales y simbólicas de vida de la clase-que-vive-del-trabajo y permita disputar la hegemonía del modo de desarrollo a las clases dominantes.

MÁS ALLÁ DEL NEODESARROLLISMO: POSIBILIDADES DE UN PROYECTO DE SOCIEDAD QUE EXCEDA AL CAPITALISMO PERIFÉRICO

El proyecto neodesarrollista se propuso como una superación absoluta del programa neoliberal. Sin embargo, hemos expuesto argumentos

que permitan dar cuenta de que este proceso posneoliberalismo fue más que su superación dialéctica, es decir, un gran cambio a través de una gran continuidad. Las transformaciones estructurales de los años noventa constituyen el eje articulador del nuevo proyecto de las clases dominantes.

Más allá de sus aspiraciones “revolucionarias”, el neodesarrollismo a poco de andar comienza a enfrentar barreras que impiden superar sus limitadas aspiraciones: se muestra incapaz de industrializar la economía, redistribuir la riqueza al conjunto de la población e incluir a los excluidos. Más aún, teniendo presente las limitaciones del itinerario neodesarrollista en el marco de su propio horizonte –es decir, como proyecto de las clases dominantes–, el mismo reproduce de manera ampliada un proyecto de país que impide superar los límites del capitalismo en la periferia: profundiza el saqueo de las riquezas naturales, la precarización y privatización de la vida y el trabajo, la transnacionalización dependiente y una integración regional subordinada al gran capital.

Frente a esos límites, en Argentina los sectores populares han venido esbozando diversas alternativas de un proyecto político para el país con voluntad transformadora de la condición capitalista y periférica que el neodesarrollismo propone. Estos proyectos van desde los programas de la izquierda clásica hasta ciertos nuevos proyectos –construidos en la práctica y en las reivindicaciones concretas del pueblo trabajador– y que se comienzan a plasmar como propuesta de país alternativa en una serie de organizaciones más recientes.

Esas opciones surgen como traducción de las demandas históricas de la clase trabajadora e incorporan nuevas exigencias en el marco de las nuevas formas que asume el capitalismo en el siglo XXI.

Desde diferentes sectores organizados del pueblo trabajador –incluyendo sindicatos como la CTA, organizaciones sociales territoriales como los Movimientos de Trabajadores Desocupados, coordinaciones y articulaciones como la Coordinadora de Organizaciones y Movimientos Populares de la Argentina, movimientos eco-territoriales y campesinos como la Unión de Asambleas Ciudadanas y Movimiento Nacional Campesino Indígena, entre otras– en la última década se han venido esbozando propuestas que, como se analiza en Félix (2010), incluyen centralmente:

1. La superación de la precarización laboral y de los límites salariales impuestos por el capital a través de la inflación y por el poder estatal mediante la política laboral;
2. La exigencia de cambios en las políticas sociales, buscando su universalización e integralidad para contrarrestar el patrón socialmente excluyente del neodesarrollismo;
3. El freno al saqueo de las riquezas naturales, tanto en lo que hace al proyecto de agricultura de monocultivo –en particular, de soja– como a la explotación sin límite de la riqueza mineral;
4. La construcción de una integración regional basada en la cooperación y solidaridad entre los Pueblos y no en la preeminencia de las empresas transnacionales que utilizan nuestra América como plataforma para la acumulación.

Este conjunto de propuestas constituyen los ejes de un programa de transformaciones progresivas con una orientación poscapitalista articulada en torno una radical reconceptualización de la economía política. En efecto, sin necesariamente explicitarlo, esas propuestas plantean invalidar los presupuestos del capital y su economía política –ya sea que la misma se funde en la perspectiva neoclásica, keynesiana o neoestructuralista– (Félix, 2009b). Esa economía política –de los sectores dominantes– pone como objetivo primordial la valorización del capital y su expansión sin límites. La permanente carrera por la competitividad es su expresión contemporánea en nuestra región. Sus presupuestos son la competencia como medio para vincular a los actores sociales (Lebowitz, 2005), la confianza en los mercados como garantes de la eficiencia social –aun cuando se reconoce un rol para el Estado–, y la ganancia capitalista como el principal mecanismo orientador de las decisiones.

El contrapunto es la economía política del pueblo trabajador que atraviesa y constituye las opciones populares. Esa economía política pone a la cooperación como eje orientador de las relaciones sociales, las instituciones de la autogestión popular –a través, pero más allá, del Estado– como esenciales para orientar el desarrollo, y la planificación colectiva y participativa como mecanismo de la democracia popular.

Esa economía política del pueblo trabajador busca invertir el ciclo del capital. De:

1. $D - M (FdT, MP) - \dots P \dots - M' - D'$ donde $D (D')$ es dinero, $M (M')$ mercancías, FdT fuerza de trabajo, MP materias primas y maquinaria, y P el proceso de producción-valorización, pasamos a un ciclo
2. $H - M (D) - \dots P \dots - H'$

Si antes el dinero (D) producía más dinero como fin, en la nueva economía política del trabajo cuyo centro es la producción y reproducción de la humanidad (H) y donde $M (D)$ son únicamente medios. En este nuevo ciclo, la propuesta involucra no sólo desplazar la centralidad de la mediación del dinero y las mercancías sino también alterar los procesos de producción. Ello ya no será primordialmente procesos de valorización sino medios de transformación de la naturaleza orientados a las necesidades humanas, que en la economía política del trabajo incluye –vale aclarar– la reproducción de la naturaleza como base.

Las alternativas populares suelen aparecer bajo la forma de reivindicaciones inmediatas: “Salario igual a la canasta familiar”, “La tierra para el que la trabaja”, “Contra la precarización laboral”; acompañadas por demandas generales como: “El hambre es un crimen”, “Por trabajo, dignidad y cambio social”.

La construcción de una alternativa a la economía política del capital supone la articulación política de esas demandas y reivindicaciones y la construcción de acciones e instrumentos que permitan materializarlas. Esa materialización de la economía política del trabajo se aprecia, primero, en la práctica concreta de las organizaciones populares que impulsan material y simbólicamente esas formas alternativas de gestión popular. Luego, su profundización como tendencia de transformación posneoliberal poscapitalista supone la articulación colectiva de un programa mínimo que permita abordar la transición partiendo de las condiciones actuales y, al mismo tiempo, la construcción de un proyecto contra-hegemónico con el cual la mayor parte de la sociedad se identifique.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antunes, R. (2001). *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo*, Cortez Editora.
- Arceo, E. O., E. M. Basualdo y A. Gilly (2009). *Los condicionantes de la crisis en América Latina: inserción internacional y modalidades de acumulación*, CLACSO.
- Azpiazu, D. y M. Schorr (2010). *Hecho en Argentina. Industria y economía (1976-2007)*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Barrera, F. y E. López (2010). "Estimación de las categorías marxianas a partir de tablas de insumo-producto. Un análisis comparativo para Argentina y Estados Unidos", en *Revista Problemas del Desarrollo*, 162 (41), julio-septiembre, pp. 57-83, México: Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.
- Basualdo, E. M. (2006). *Estudios de historia económica argentina: desde mediados del siglo XX a la actualidad*, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Bonnet, A. (2007). *La hegemonía menemista: el neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, Prometeo Libros Editorial.
- Bresser-Pereira, L. C. (2010). *Globalización y competencia: apuntes para una macroeconomía estructuralista del desarrollo*, Instituto Di Tella.
- Ceceña, A. E. (1995). *La internacionalización del capital y sus fronteras tecnológicas*, Ediciones El Caballito.
- Chesnais, François (2010), "Crisis de sobreacumulación mundial, crisis de civilización", en *Herramienta web*, número 5.
- Cieza, Guillermo H. (2006), *Borradores sobre la lucha popular y la organización*, Manuel Suárez Editor, Avellaneda.
- Cleaver, H. (1985). *Una lectura política de El Capital*, Fondo de Cultura Económica.
- Curia, Eduardo L. (2007). *Teoría del Modelo de Desarrollo de La Argentina: Las Condiciones Para Su Continuidad*, Editorial Galerna.
- _____, (2011). *Modelo de desarrollo en Argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De Angelis, Massimo (2007), *The beginning of history. Value struggles and global capital*, Londres: Pluto Press.
- Duménil, Gérard y Dominique Lévy (2006). "Argentina's unsustainable growth trajectory: Center and periphery in imperilism at the age of

- neoliberalism”, PSE-CNRS, draft paper, 30 de octubre (www.jourdan.ens.fr/levy/).
- Dussel, E. D. (1985). *La producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*, Siglo XXI Editores.
- Féiz, Mariano (2009). “Crisis cambiaria en Argentina”, en *Revista Problemas del Desarrollo*, 40, pp. 185-213.
- _____, (2011). *Un estudio sobre la crisis en un país periférico. La economía argentina del crecimiento a la crisis, 1991-2002*, Buenos Aires: El Colectivo.
- _____, (2009b). “¿No hay alternativa frente al ajuste? Crisis, competitividad y opciones populares en Argentina”, en *Herramienta. Revista de Debate y Crítica Marxista*, octubre, número 42, Buenos Aires, pp. 147-160.
- _____, (2010). “El desarrollo más allá del capital. Economía política del trabajo y luchas populares por el cambio social en Argentina”, ponencia presentada en el *III Seminario Internacional “Experiencias y formulaciones en la construcción de desarrollos alternativos”*, Puebla, México: Centro de Estudios del Desarrollo Económico y Social, Facultad de Economía, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, del 18 al 20 de agosto de 2010.
- _____, Emilio López y Sebastián Álvarez Hayes (2009). “Los patrones distributivos y su articulación con la acumulación de capital en una economía periférica (Argentina, 1995-2007). Un estudio a partir de la Encuesta a Grandes Empresas”, en *9º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, Buenos Aires.
- Gallafasi, G. (2009). “La predación de la naturaleza y el territorio como acumulación”, *Herramienta. Revista de Debate y Crítica Marxista*, número 42.
- Gigliani G. y G. Michelena (2010) “La industrialización vista a través del comercio exterior” en *Anales de las Terceras Jornadas de Economía Crítica: estado, políticas económicas y acumulación de capital*, del 15 al 16 de octubre, Rosario.
- Gramsci, Antonio (2011). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión.
- _____, (2004). *Antología*, México: Siglo XXI Editores.

- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Ediciones AKAL.
- Lebowitz, M. A. (2005). *Más allá de «El capital»*, Madrid: Ediciones AKAL.
- Marx, K. (2007). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, México: Siglo XXI Editores.
- Pérez, Pablo, Pablo Chena y Emiliano López (2010). “El ciclo del empleo y la reproducción del capital en la Argentina de la convertibilidad y la post-convertibilidad”, en *Transformaciones del empleo en Argentina. Estructura, dinámica e instituciones*, cap. 9, Buenos Aires: Ed. CICCUS.
- Portelli, H. (2000). *Gramsci y el Bloque Histórico*, Siglo XXI Editores.
- Preston, P. W. (1999). *Una introducción a la teoría del desarrollo*, Siglo XXI Editores.
- Sader, E. (2009). *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires: Siglo XXI-CLACSO coediciones.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Taurus.
- _____, (2008). *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*, Argentina: Siglo XXI Editores.
- _____, (2011). “Extractivismo neodesarrollista, Gobiernos y Movimientos Sociales en América Latina”, en Revista *Problèmes de l'Amérique Latine*, en prensa.
- Thwaites Rey, M. y J. Castillo (2008). “Desarrollo, dependencia y estado en el debate latinoamericano”, en Revista *Araucaria*, Año 10, número 19.